

Un escritor de aquellos tiempos remotos nos ha dejado nada menos que un poema sobre la entrevista del papa León III y de Carlomagno, verificada el año 799, ocupando más de la mitad de la obra en relatar la cacería que precedió á la entrevista indicada.

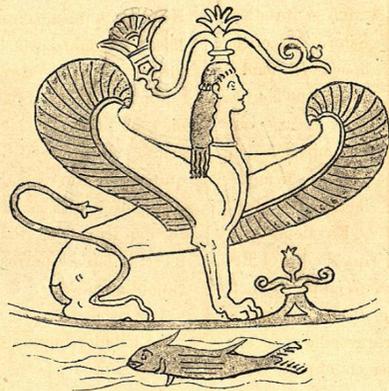
«Apenas despuntaba el alba,—dice,—los jóvenes príncipes saltan del lecho para ponerse precipitadamente sus armaduras; la Reina y sus hijas hacían el tocado á toda prisa; los caballeros reuníanse en los patios de palacio, mientras los palafreneros apenas pueden contener la impaciencia de los corceles, y las jaurías responden con sus ladridos al crujir de los látigos. El Rey oye misa primero y luego monta su caballo cubierto de arneses de oro, y da la señal de la partida. Luityarda, la bellísima esposa de Carlos, se presenta á la cabeza de la familia real. Una cinta roja que le rodea las sienes se trenza con sus espléndidos

cabellos coronados por una diadema de pedrería. Su traje es de púrpura, y una clámide blanca como el ampo de la nieve, sujeta al cuello por un broche de oro, flota graciosamente sobre su casi desnuda espalda.

»Sus hijas, casi unas niñas, siguen á caballo á Carlomagno y á Luityarda en todas las peripecias de la montería, arrojando el peligro con la sonrisa en los labios y la fortaleza en el corazón.

»Matóse un número prodigioso de jabalíes, que eran las reses más estimadas por los monteros de aquella época, y luego se celebró un festín bajo tiendas de campaña alzadas en medio del monte, especie de intermedio que los pueblos de raza germánica no omitían nunca en ninguna de sus cacerías.»

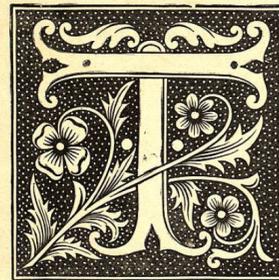
Carlomagno y sus sucesores hicieron laudables esfuerzos para combatir la pasión venatoria de los clérigos, siendo famosas muchas *capitulares*.



## CAPITULO XII

LA CAZA EN LA ÉPOCA DEL FEUDALISMO

I



AL fué el furor venatorio durante la época del feudalismo, que la guerra y la caza eran la ocupación que absorbía á aquella raza de bronce.

En tiempo en que Pedro el Ermitaño indujo á toda la nobleza á emprender la primera cruzada, se veía á los caballeros caminar á través de Europa y del Asia Menor, precedidos de sus perros de caza y llevando halcones en el puño derecho.

Al emprender su marcha la segunda cruzada en el año de 1142, el papa Eugenio III prohibió á los caballeros cristianos que llevasen trenes de caza á la Tierra Santa; pero el mandato no fué, sin duda, obedecido escrupulosamente, porque algún tiempo después Felipe Augusto, los compañeros de San Luis, y Ricardo Corazón de León, cabalgaban hacia Palestina con sus jaurías y sus pájaros.

En Siria se cazaba en todas partes y con cualesquier motivo; así en las fiestas cortesanas como en las de

religión, lo mismo entre dos misas que entre dos batallas, utilizando hasta las horas que debían ser consagradas al sueño y al reposo.

Cuando Eduardo III de Inglaterra invadió á Francia en 1359 llevaba consigo treinta halconeros á caballo y ciento veinte parejas de perros, no siendo menor el séquito venatorio de cada uno de sus señores y *ricos hombres*, con quienes cazaba donde bien le parecía. En todo cortejo feudal, en toda embajada, por modesta que fuese, pájaros y perros tenían su puesto como accesorio obligado.

Los regalos que los soberanos ofrecían á sus aliados, y los tributos impuestos á los vencidos, se componían casi siempre de perros de caza y de aves amaestradas, y después de la jornada de Nicópolis, el Rey de Francia envió al sultán Bajazet II magníficos presentes, entre los que figuraban en primera línea gerifaltes blancos, reunidos con gran trabajo, y algunos galgos de gigantesco tamaño.

Enrique I, sucesor de Guillermo *el Rojo*, demostró tal pasión por la caza, que sus súbditos le apellidaron *Pata de venado*, promulgando leyes en que se condenaba á la pérdida de un miembro á los que cogían pájaros con auxilio de redes y de lazos. En sus fallos, dice un cronista de la época, establecían poca ó ningun-

na diferencia entre los *cervicidas* y los *homicidas*.

Felipe Augusto dedicaba sumas tan enormes al mantenimiento de sus halcones y de sus trenes de caza, que los trovadores de aquel tiempo escribieron poesías satíricas, motejándole porque, en vez de pagar su soldada á los hombres de armas, derrochaba cantidades fabulosas en el mantenimiento de galgos, de perros y de aves de rapaña.

Los terribles descalabros de la cruzada de 1248 no fueron causa de que el rey San Luis olvidase los placeres de la caza; y, ya á punto de salir del cautiverio



Halconero alemán, dibujado y grabado en el siglo XVI por Amman

en que cayó al ir á conquistar la Tierra Santa, se procuró unos cuantos perros de una raza especial que había en Tartaria, y que importó en Francia, enriqueciendo con su adquisición las jaurías de la Casa Real.

Los caballeros cruzados hallaron en los barones latinos de Palestina compañeros dignos de alternar con ellos en las célebres batidas que se daban en las llanuras de Ptolemaida. Entre ellos había condes chipriotas y magnates de Antioquía poseedores de jaurías compuestas de 500 á 600 perros escogidos.

Felipe el Hermoso participó de las aficiones íntegras de sus antepasados, muriendo de la caída que le produjo su caballo persiguiendo un venado en Fontainebleau. El Dante, que le aborrecía, aprovechó este incidente para dirigirle una injuria póstuma en el canto XIX de su *Paradiso*: «*Qual che morrá di colpo di cotenna.*»

Á pesar de los desastres de Crécy y de Poitiers, la soberanía feudal llegó á su apogeo en el reinado de

los primeros príncipes de la casa de Valois. Los torneos y las espléndidas cacerías se sucedían sin interrupción.

En los tiempos de Carlos VI se instituyeron los cargos de montero mayor y de gran halconero de la corte, publicándose las ordenanzas más justas y completas que se conocen en materia de caza.

Los príncipes de la casa de Anjou y los nobles Duques de Borgoña, puede decirse que pasaban la vida en los montes con sus esposas, sus familias y sus servidores, que habitaban en tiendas de campaña y disponían los festines, recepciones y banquetes, mientras los señores corrían por bosques y por valles en demanda de venados y jabalíes.

Al fisco se pagaba también en objetos como flechas, parejas de perros, arcos, halcones y cabezas de jabalíes, imponiendo además las costumbres feudales á los vasallos de un señorío la obligación de mantener los caballos del señor, los perros, los pájaros y hasta los monteros y servidores de ínfima clase.

En los salones de los castillos era no sólo moda sino gran gala el mezclar los trofeos de caza con los de guerra como adorno de las paredes. El chuzo de matar jabalíes y las trompas con boquilla de plata se confundían con las banderas, las lanzas y los acuartelados escudos. Las cornamentas de venados y de gamos servían, no ya de panoplias, sino de adorno esencial en magníficos muebles; y en los cuadros, en los tapices y en las vajillas se veían representadas primorosamente escenas de la vida venatoria.

La caza se mezclaba así en los actos de la vida pública como en los de la privada. Construíanse piezas mecánicas, reproduciendo hechos de caza, y en los festines caballerescos se servían enormes pasteles, de los que salían pajarillos vivos. Una vez que éstos se hallaban revoloteando por los salones, soltaban contra ellos halcones, sacres y otras aves de rapaña, que los perseguían y se apoderaban de ellos, con gran gozo y divertimento de los comensales del banquete.

Al entrar Luis XI en su capital fué obsequiado con una cacería de ciervos, porque la caza se asociaba á todas las ocupaciones y á todos los placeres de la época feudal, hasta el punto que cuando sobrevenia la muerte se envolvía el cadáver del cazador noble en la piel de un venado, último trofeo venatorio que llevaba consigo á la soledad del sepulcro<sup>(1)</sup>.

Luis XI, avaro por esencia y potencia, no salía de

(1) Extracto por C. I. de la *Historia de la Casa* del barón Dunoyer. J. V.

su habitual parsimonia sino para sostener lujosísimamente los trenes de caza; y amaba con tal pasión este ejercicio, que ya viejo, decrepito é imposibilitado de correr el monte como en los días de su juventud y su edad madura, se divertía en los salones de su castillo en hacer cazar ratones á unos perrillos que tenía amaestrados al efecto.

Al morir dispuso que se le vistiese de cazador, con el sombrero entre las manos, su perro favorito al lado, y pendiente del cuello la corneta que usó durante su vida.

En aquella época, las trompas destinadas á los usos señoriales eran de oro, de plata ó de marfil, con adornos de piedras preciosas y cordadura de seda; los collares de los perros, de oro esmaltado; las pihuelas, de terciopelo carmesí bordadas de perlas; y de la misma tela recamada de oro las caperuzas de los halcones.

No se pensaba, ni se vivía, ni se gastaba profusamente más que en objetos de montería, y sobre todo de cetrería, arte que llegó á un favor y á un apasionamiento rayanos al culto que los idólatras profesaban á sus símbolos en los tiempos del paganismo.

Dicho se está que las nobles castellanas de la época del feudalismo participaban de las aficiones cinagéticas dominantes, manejando con verdadera maestría el arco y la ballesta, y tomando una parte activa en todas las expediciones, por arriesgadas ó peligrosas que fuesen.

Á los burgueses no se permitía cazar más que liebres con galgos, y pájaros con redes y otros armadijos, y á palos ó pedradas las piezas menores que les perjudicaban las cosechas; lo cual, sin embargo, ejecutaban con cierto recelo, porque tenían muy presente el adagio feudal: «Entre ti, villano, y tu señor, no hay más tribunal que Dios.»

Los pontífices, y el clero en general, se dejaron arrastrar por la influencia venatoria de la época; y poco á poco los obispos, las abadías y las comunidades religiosas de frailes obtuvieron privilegios de caza, de

que se hace mención en las cartas reales de los soberanos del país; pues, si bien los sagrados Cánones de la Iglesia prohibían cazar á los eclesiásticos, demostraron los doctores que la prohibición no se refería más que á las cacerías hechas á gritos, con perros y con bocinas; distinción de que tampoco se cuidaron mucho los abades, tomando parte en cuantas expediciones se les venían á la mano.

## II

La caza en Alemania durante los siglos medios, en un país lleno de castillos y sitios señoriales, poblado de espesísimas selvas repletas de fieras y grandes animales venatorios, no es de admirar que en las treguas de la guerra, y aun durante ella, se realizasen espléndidas cacerías.

La caza mayor era sólo patrimonio de la nobleza; y la más vulgar y vil, la que se realizaba merced á trampas,

lazos y armadijos, era la única permitida á la plebe, aunque fuese en la misma tierra que cultivaba.

Pero, andando los tiempos, aun la caza de lazo y trampa se prohibió á los villanos. Cuando la idea de la soberanía del estado tomó vuelo, el derecho de caza se declaró comprendido entre los privilegios reales.

La caza fué, pues, fuero de los nobles y prelados.

El número de pias que vagaban por los bosques era tan considerable, que en una batida que dieron el landgrave Felipe de Hesse y su séquito se mataron 1.000 jabalíes y 150 ciervos. Un contemporáneo de Felipe, el elector Juan Federico de Sajonia, mató, por



Cazador con leopardos, según un grabado de Juan Stradan (siglo XVI)